



Cuentos del Magreb

Jean Muzi

el Magreb
con ojos de mujer 


solidaridad
internacional
ASOCIACIÓN

Cuentos del Magreb

Jean Muzi

Ilustraciones de Frédéric Sochard
Traducción de Omar Emilio Sposito

Financiado por:



Agencia Andaluza de
Cooperación Internacional para el Desarrollo
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA



Diputación
de Cádiz

PRESIDENCIA
CIUDADANÍA
Solidaridad Internacional

Título original: 30 contes du Maghreb.
Traducción del francés: Omar Emilio Sposito.

Ilustraciones de Frédéric Sochard.
Diseño de cubierta: Ad-do Diseño & Comunicación
Maquetación: Ad-do Diseño & Comunicación

© Castor Poche Éditions Flammarion, 2003, para el texto y las ilustraciones
© Edición 2011, Solidaridad Internacional - Andalucía

Este libro forma parte del proyecto de sensibilización de Nazioarteko
Elkartasuna/Solidaridad Internacional «El Magreb con ojos de mujer».

ISBN: 84-88949-80-4
Depósito legal: BI-2599-06

Este libro está impreso en papel 100% reciclado y libre de cloro.

Para mi madre

Prólogo



Situado al norte de África, el Magreb significa el Poniente para los árabes, y agrupa Marruecos, Argelia y Túnez. Los cuentos de este libro pertenecen a esta vasta región atravesada por la cadena montañosa del Atlas. Estos cuentos no conocen fronteras, ya que han viajado mucho y se pueden encontrar en diferentes versiones en todo el Magreb. Hasta tal punto que a veces resulta difícil saber si son marroquíes, tunecinos o argelinos.

Lugares de amor, de odio, de amistad, donde se relacionan y se enfrentan hombres, animales y seres fabulosos como los ogros y las vampiresas, los cuentos magrebíes tienen a menudo un carácter compensador. En ellos los débiles y oprimidos ganan a los poderosos gracias a la astucia o la inteligencia. En ellos se habla de justicia y de equidad y se condenan la corrupción, los abusos de poder y la poligamia. Estos cuentos se burlan de la estupidez y elogian la generosidad.

He estudiado el inmenso fondo magrebí para elaborar este libro. Respetando siempre la estructura de los cuentos, he efectuado una nueva escritura de los textos de origen, que he contado con mis palabras.

Los treinta cuentos reunidos en este libro, todos portadores de una enseñanza, permitirán a los lectores descubrir un poco el alma del Magreb.

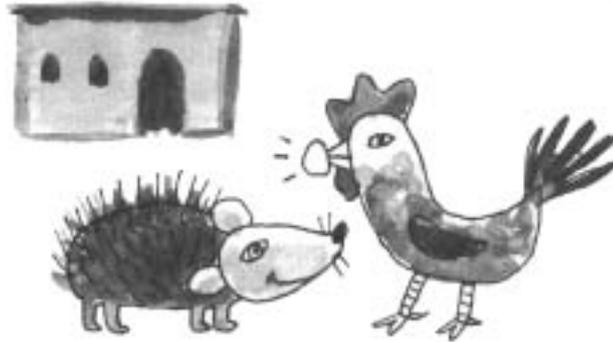
Jean Muzi

Y mi historia sigue el curso del ued...

1. La campesina, el erizo y el gallo



Marruecos



Un antiguo proverbio decía: «Cada uno es como es». Este cuento lo demuestra.

Una campesina volvía a su casa llevando una enorme gavilla sobre la cabeza, cuando de pronto vio un erizo a la vera del camino. «Esto me servirá para acompañar el cuscús que voy a preparar mañana», se dijo.

Con un movimiento rápido arrojó su carga a un lado y se puso a correr tras el animal. Cuando éste comprendió que no era lo bastante veloz para escapar, se enrolló sobre sí mismo. A pesar de los pinchazos, la mujer logró cogerlo. Acomodó aquella bola de púas entre las ramas de su gavilla y continuó su marcha con la carga sobre la cabeza. Al llegar a su casa, puso el erizo debajo de un gran tamiz¹ y colocó una piedra encima. Aquel día había una boda a la que estaban invitados todos los vecinos del pueblo. La mujer se arregló y se fue a la fiesta.

El erizo utilizó todas sus fuerzas para dar la vuelta al tamiz, pero tuvo que dejarlo por imposible, ya que la piedra colocada encima de la alambreira era demasiado pesada para él. Se puso a gritar de rabia y después intentó imaginar la forma de salir de aquella situación. Así fueron pasando las horas. Cuando la campesina volvió de la boda, el animal estaba rígido y tendido patas arriba. La mujer creyó que estaba muerto, pero esto no le preocupó, ya que había comido mucho. Levantó el tamiz, cogió el erizo por una pata y lo arrojó entre los matorrales. El animal esperó sin moverse hasta que la mujer se fue, y luego huyó.

Uno de los gallos de la campesina lo había visto todo. A la mañana siguiente, picoteando entre las piedras del camino, encontró una bolita de ámbar² que una aldeana debía de haber perdido yendo hacia el aljibe, y creyendo que era comestible la tocó con el pico. Al ver que era muy dura, insistió golpeándola cada vez más fuerte. Fue así como

la punta del pico penetró en la cuenta de ámbar, donde quedó atrapada. El pobre gallo ya no pudo ni comer, ni beber, ni cantar. Avergonzado por lo que le ocurría, permaneció escondido todo el día, hasta que el erizo lo descubrió y, burlándose de él, lo ayudó a liberar su pico.

—¡Con qué poco te das por vencido! —le dijo irónicamente.

—Puedo decir otro tanto de ti —replicó el gallo—. Lo que te pasó bajo el tamiz no es mucho mejor.

—Olvidas que con sus innumerables agujeros era mil veces más peligroso que la cuenta de ámbar, que sólo tiene uno.

—¡Qué va! Un agujero, cuando sólo se tiene un pico, equivale a mil agujeros cuando se tienen mil púas.



2. El asno, el campesino y su hijo



Hagas lo que hagas, siempre habrá quien te critique.

Un campesino tenía un viejo asno. Como ya no le servía para nada, decidió venderlo.

Una mañana, montaron él y su hijo sobre el animal y salieron hacia el zoco.*

—Si os subís los dos encima de ese pobre animal, lo mataréis —les dijo un vecino.

El campesino se apeó y se puso a caminar detrás del asno. Un poco más adelante, unos aldeanos los señalaron.

—¡Qué vergüenza, el viejo a pie y el joven montado en el asno!

El muchacho cedió inmediatamente su lugar al padre, pero éste era muy gordo y el burro flaquísimo. Se cruzaron con una mujer que iba con su hija.

—Mira —dijo la mujer—, ese pobre asno carga con un hombre más pesado que él. Morirá antes de llegar a su destino.

Unos instantes más tarde, el campesino se detuvo cerca de un árbol al borde del camino. Su hijo lo ayudó a cortar unas ramas, que pusieron bajo el

vientre del animal. Lo levantaron y llevándolo así siguieron su camino. Fueron el hazmerreír de todos los que los veían.

—¡Pero dónde se ha visto eso, es el mundo al revés! ¡No son los asnos los que llevan a los hombres, sino los hombres los que llevan a los asnos!

Entonces el campesino le hizo señas a su hijo para que bajara el animal. Los dos hombres descansaron un momento y el padre dijo:

—Hijo mío, hagamos lo que mejor nos parezca y dejemos de escuchar lo que dice la gente.

—¡Tienes razón! Hagamos lo que hagamos, siempre habrá alguien que nos critique.

De modo que se montaron los dos sobre el asno y siguieron su camino hasta el zoco, donde lo vendieron.



3. Los dos ladrones y la mantequilla



Hay lugares donde es mejor no reñir.

Una noche, dos ladrones penetraron en la tienda de campaña de un hombre mientras éste dormía. Allí hallaron una tinaja y la abrieron para ver qué había dentro.

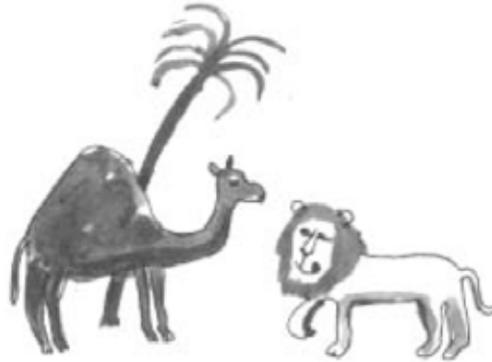
—Es mantequilla fresca —dijo el primero, tras probarla.

—No, esta mantequilla está rancia —replicó el otro.

La volvieron a probar. Como cada uno quería tener razón, el tono fue subiendo y comenzaron a gritar. Esto despertó al dueño de la tienda de campaña, quien cogió un palo y les zurró, logrando así que se pusieran de acuerdo. Tuvieron que huir de allí sin poder llevarse la mantequilla.



4. El león y el dromedario



Un animal carnívoro hambriento no suele cumplir con su promesa cuando tiene hambre.

Unos cazadores habían organizado una batida y estaban persiguiendo a un león. La bestia estaba agotada por no haber comido nada desde la mañana. A lo lejos pasaba un dromedario. El león decidió dirigirse hacia él.

—No temas —le dijo al verlo temblar—, sólo necesito un escondite para que no me encuentren los cazadores que me vienen persiguiendo.

El dromedario solicitó al rey de los animales que prometiera no devorarlo. Como éste último no tenía otra posibilidad, juró no hacerlo nunca. A cambio de ello, el dromedario le prestó su refugio. El león fue a esconderse allí y los cazadores, que le habían perdido la pista, daban vueltas y más vueltas. Pasaron varias veces al lado del dromedario y uno de ellos acabó por preguntarle:

—¿No habrás visto tú un león por aquí?

—De haberlo visto hubiese salido corriendo, pues no quiero que me devoren.

El dromedario dejó que los cazadores se alejaran, y después llamó al león.

—Ya puedes salir, tus enemigos se acaban de marchar.

El rey de los animales salió con cuidado de su escondite y fue hasta donde estaba su salvador para agradecerse. Pero tenía tanta hambre que olvidó su promesa. El león se relamió frente al festín que tenía ante él, y el dromedario comprendió que estaba en peligro.

—No te acerques —dijo al león—. Recuerda que fui yo quien te salvó la vida y que prometiste no comerme jamás.

—Exacto, pero no hablaba de la joroba que llevas encima de tu lomo.

—Y sin embargo forma parte de mi cuerpo.

—¡Qué va! —le respondió el león.

—¡Pues claro que sí! —replicó el dromedario—, y para que te convenzas de ello, te propongo que se lo preguntemos a los demás animales.

Si están de acuerdo contigo, y en ese caso solamente, podrás comerte mi joroba.

El león aceptó el trato y se pusieron en camino. Se

toparon con un asno y le plantearon el problema.

—Las cargas que llevo sobre el lomo no forman parte de mi cuerpo —declaró el borrico—. ¿Por qué tendría que ser de otra manera para el dromedario?

—Ya ves que llevo razón —rugió el león.

—Consultemos a otro más —le suplicó el dromedario.

Tras despedirse del asno, se encontraron con un mono y lo interrogaron.

—Sólo llevo en mi lomo a mis pequeños, y ellos forman parte de mí. Ocurre lo mismo con el dromedario y con su joroba, que son todo uno.

—Este mono está diciendo cualquier cosa — afirmó el rey de los animales.

Poco después, un lobo quiso escucharlos. Se lo pensó y dijo:

—Siempre debemos cumplir nuestra palabra si queremos ser respetados. Aquel que desea comerse una parte del dromedario parece haberlo olvidado y no se merece que lo respeten.

Consciente del riesgo que corría por sus palabras,

el lobo salió huyendo. El león fue tras él, pero no pudo atraparlo. En cuanto al dromedario, aprovechó la ocasión para alejarse rápidamente de allí, y abandonó definitivamente la comarca.



5. El felá testarudo



Túnez



La testarudez no conduce a nada

Un felá* tenía la reputación de ser un hombre testarudo. Una tarde se encontró con un vecino, a orillas del ued.*

—Me han robado mis aperos de labranza — le dijo el vecino tras haberlo saludado—, ya no me queda nada con que segar el trigo. ¿Podrías prestarme una hoz?

—La hoz no es adecuada para hacer ese trabajo. Será mejor que utilices un par de tijeras.

—No te burles de mí, nadie ha podido segar jamás con un par de tijeras.

—¡No lo creas! —insistió el otro—, conozco a muchos campesinos que lo hacen así.



Las cosas se pusieron feas y los dos hombres comenzaron a pelearse. Durante la reyerta, el felá testarudo resbaló y se cayó al agua. Ninguno de los dos sabía nadar. El felá testarudo resistió unos instantes en el agua bajo la impotente mirada de su vecino, que no podía ayudarlo sin correr el riesgo de ahogarse él también. A continuación se hundió, y antes de desaparecer completamente, su mano derecha emergió de las aguas. Los dedos índice y corazón se movían, simulando las hojas de unas tijeras cortando el trigo. ¡Sostuvo que podía uno segar con las tijeras hasta el último suspiro!

6. El gorrión



Marruecos



¿Qué puede el frío contra el fuego, la noche contra el sol, las tinieblas contra la luna?

Era invierno. Como cada año, el monte Tubkal* se había puesto su primer albornoz blanco y las demás cimas del Atlas* empezaban a imitarlo. Aquella mañana, un gorrión andaba buscando qué comer en las callejuelas de un pueblo. Acabó por encontrar un trozo de pan seco delante de una casa de adobe.¹ Lo cogió y se fue para su nido para compartirlo con su gorriona. Pero una tormenta le sorprendió en el camino. Tuvo que luchar contra el frío y el viento. Los enormes copos de nieve se pegaban a sus plumas, entumeciéndole las alas y obligándolo a refugiarse en un cedro. Protegido por el ramaje del árbol, se quedó mirando los torbellinos de nieve antes de resignarse a abandonar el trozo de pan que se llevó la tormenta.

—Imploro tu poder, oh, nieve —dijo el pájaro.

—Soy menos poderosa que el sol, que sólo con mirarme hace que me funda —respondió la nieve.

—Imploro tu poder, oh, sol —pió el gorrión.

—Soy menos poderoso que la nube que detiene mis rayos cuando se pone delante de mí —declaró el sol.

—Imploro tu poder, oh, nube —agregó el ave.

—Soy menos poderosa que el viento que me aleja apenas comienza a soplar —explicó la nube.

—Imploro tu poder, oh, viento —insistió el gorrión.

—Soy menos poderoso que el muro que me impide pasar —respondió soplando el viento.

—Imploro tu poder, oh, muro —dijo el obstinado gorrión.

—Soy menos poderoso que la rata, que puede abatirme con sólo roerme —se excusó el muro.

—Imploro tu poder, oh, rata —repitió el pájaro.

—Soy menos poderosa que el gato, que puede eliminarme de un zarpazo —le explicó la rata.

—Imploro tu poder, oh, gato —pronunció el ave.

—Soy menos poderoso que el galgo, que puede destrozarme con sus dientes afilados —maulló el gato.

—Imploro tu poder, oh, galgo —gritó el gorrión.

—Soy menos poderoso que el palo, que puede romperme el lomo —ladró el galgo.

—Imploro tu poder, oh, palo —insistió el pájaro.

—Soy menos poderoso que el fuego, que con la ayuda de una sola chispa puede convertirme en

cenizas —reconoció el palo.

—Imploro tu poder, oh, fuego —dijo gritando el ave.

—Soy menos poderoso que el agua, que puede apagar me —le confió el fuego.

—Imploro tu poder, oh, agua —chilló el gorrión.

—Soy menos poderosa que el buey, que me bebe para calmar su sed —murmuró el agua.

—Imploro tu poder, oh, buey —agregó desgañitándose el pájaro.

—Soy menos poderoso que el cuchillo que me degüella —mugió el buey.

—Imploro tu poder, oh, cuchillo —suplicó el gorrión.

—Soy menos poderoso que el herrero que me calienta y me forja en su yunque —respondió el cuchillo plañidero.

—Imploro tu poder, oh, herrero —dijo el pajarillo.

—Soy menos poderoso que la muerte, que me llevará cuando llegue mi hora —le contestó el herrero estremecido.



7. La esposa del sultán



Túnez



Poderoso o miserable, difícilmente renuncia uno al amor

Un sultán* se había casado con una mujer bella e inteligente. Pero ésta tenía un defecto: se pasaba el día dando consejos a todo el mundo. Sus observaciones, a menudo muy justas, habían obligado al rey, en varias ocasiones, a corregir sus decisiones, a pesar de la humillación que esto representaba para él. La última vez que había ocurrido un incidente de este tipo, el rey había reaccionado duramente.

—Yo soy el amo del reino, el señor de mis súbditos —le recordó—, y tú no estás autorizada a ocuparte de ellos ni a darles consejos contrarios a mis decisiones. Recuérdalo si no quieres ser repudiada.*

La esposa del sultán se vio obligada a respetar la prohibición real. Pasaron muchos meses sin que hubiera el mínimo incidente por su causa.

Una noche, un hombre que cabalgaba sobre una yegua se detuvo cerca del palacio real junto a su compañero de viaje, que lo seguía en una burra. Ataron sus monturas a dos higueras. Los árboles estaban cerca y sus ramas se unían, formando así

un refugio ideal para pasar la noche. Los viajeros se instalaron bajo el espeso follaje tras haber cogido algunos higos que completaron su cena. El propietario de la yegua propuso a su compañero montar guardia por turnos durante la noche, pero éste se negó.

—El hombre rico —explicó— debe dejar al pobre lo que le queda y no puede privarlo de sueño.

El amo de la yegua no insistió y se quedó velando solo las dos monturas mientras su compañero dormía a pierna suelta. Luchó contra el sueño durante algunas horas, pero acabó quedándose dormido. Durante la noche, la yegua y la burra parieron. Al amanecer, el frío despertó al propietario de la burra. «Mi albornoz* no es lo bastante abrigado», pensó, mientras se levantaba.

La noche era clara, de modo que pudo ver al potrillo y al borriquito cerca de sus respectivas madres. Buscó con la mirada a su compañero y sonrió al ver que dormía. «Voy a aprovechar para apoderarme del potrillo», se dijo. Se levantó sin hacer ruido, cogió el borriquito y lo dejó al lado de

la yegua, para luego coger al potrillo, que confió a la burra. Volvió a su sitio tras cerciorarse de que su compañero seguía durmiendo. Se acostó, tiró de la capucha de su albornoz para protegerse del frío y, muy satisfecho, se durmió.

El sol ya estaba alto cuando el rebuzno de la burra despertó a los dos hombres. El potrillo seguía al lado de ella, y el borriquito cerca de la yegua. El dueño de ésta quedó muy sorprendido y propuso a su compañero restablecer la situación, pero éste rechazó la propuesta.

—El potrillo es mío y el borriquito es tuyo —dijo.

El asunto llegó hasta el sultán. Numerosos eran los querellantes el día de la audiencia, por lo que nuestros viajeros debieron esperar mucho antes de que los recibieran. Cuando les tocó a ellos, expusieron el problema. El monarca los escuchó, reflexionó un instante, y tomó una decisión que sorprendió a todo el mundo.

—Cada cría debe quedarse con la hembra más cercana en el momento de despertaros.

El propietario de la burra se fue pues con el potrillo.

Escandalizado, el dueño de la yegua se sentó cerca del palacio real lamentándose.

—¡Maldita sea la noche en la que me quedé dormido! ¿Cómo podré recuperar mi potrillo, ahora que el rey se lo ha dado al otro?

Estos lamentos llegaron hasta la esposa del sultán. Se asomó a una de las ventanas y lo vio.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó.

El hombre le contó su desgracia y, a pesar de la prohibición real, la mujer no pudo evitar darle inmediatamente un consejo.

—El viernes próximo —le dijo—, quédate delante de la mezquita tras la gran plegaria. Cuando el rey salga de allí con su séquito, grita con todas tus fuerzas: «He cosechado cebada cuando había sembrado trigo y mi yegua ha parido un borrico». Al escucharte, el sultán pedirá a sus guardias que te hagan llegar hasta él. Entonces, harás todo lo que puedas para convencerlo de que tenga a bien dejar la yegua, el burro y las dos crías en la plaza del mercado un día que se halle vacía.

El hombre siguió su consejo. El viernes siguiente el hombre se quedó a la salida de la mezquita y se puso a gritar tan fuerte que se formó un círculo de curiosos alrededor de él. El rey, sorprendido por aquellas palabras, ordenó al jefe de su guardia que lo trajera ante él. El hombre contó su historia y suplicó al sultán que tuviera la bondad de dejar las cuatro bestias en la plaza.

—Alá* decidirá si el potrillo pertenece a la yegua o a la burra...

—¿Y cómo sabremos cuál es su decisión? —preguntó el rey.

—Bastará con observar los animales, Majestad.

Algunos días más tarde, soltaron las cuatro bestias al mismo tiempo en la plaza. La yegua se fue trotando por un lado y la burra por otro. Sin dudarlo ni un instante, el potrillo marchó detrás de la primera, mientras que el borriquito corría tras la burra, tras lo cual la yegua lanzó un largo relincho, al que respondió su dueño con un grito de satisfacción. Entre la multitud reunida en la plaza se escucharon los yuyús* de las mujeres y las exclamaciones de alegría de los hombres y de los niños, satisfechos

de que el buen orden hubiese sido respetado.

El monarca se enteró por un eunuco* de que su esposa había vuelto a prodigar sus consejos. Aquello le sentó tan mal que no se limitó, como la primera vez, a reprochárselo.

—Te había prohibido que ayudaras a mis súbditos y me has desobedecido. Me veo obligado por ello a repudiarte. Dejarás el palacio durante la noche y volverás a casa de tus padres. Te autorizo a llevarte tu bien más precioso.

La pobre mujer regresó a sus aposentos con la cabeza gacha. La decisión del sultán le dolía más aún porque ella lo quería apasionadamente. Consiguió un soporífero¹ y mandó llamar a la cocinera del rey. A cambio de algunas monedas de oro, ésta aceptó poner un poco de droga en la cena del monarca. Cuando éste se hubo dormido, lo encerró en un cofre, que hizo cargar en un dromedario. La mujer repudiada abandonó de inmediato el palacio con su preciosa carga y volvió a casa de sus padres acompañada por sus sirvientes más fieles.

El cofre en el que se hallaba el sultán fue depositado en el cuarto de la mujer repudiada. El efecto del soporífero duró hasta el día siguiente por la mañana. El rey se despertó y se preguntó qué le ocurría. «Han debido de secuestrarme y probablemente me asesinen para quedarse con el trono», se dijo con temor. Comenzó a tamborilear la tapa del cofre con ansiedad hasta que la mujer repudiada escuchó el ruido sordo de los golpecitos y lo liberó.

—Has hecho que me secuestren —gritó al reconocerla—. Este acto insensato te costará muy caro.

—No hice más que llevarme el más precioso de mis bienes, como tú me habías autorizado a hacer. Eres lo que más quiero en el mundo —dijo la mujer con lágrimas en los ojos mientras tomaba tiernamente la mano del sultán, besándola.

Estas palabras conmovieron al rey. «Es una locura renunciar a su amor y al que siempre he sentido por ella», se dijo, lamentándose por haberla repudiado.

—Te perdono y te pido que regreses conmigo al palacio, donde volverás a ocupar el sitio que nunca deberías haber dejado, declaró el monarca.

Así regresaron al palacio real, donde el sultán organizó una fiesta para celebrar aquella felicidad renovada que duró varias semanas.



8. El mal aliento



Túnez



A veces es mejor no responder a una pregunta difícil.

El león había estado enfermo. Apenas se hubo mejorado, convocó al dromedario, al asno y al chacal.

—Me han dicho que vosotros tres tenéis un olfato excelente.

—Eso es cierto —se apresuró a decir el asno.

—Entonces, acércate y dime si tengo buen aliento —le ordenó el rey de los animales abriendo su boca.

El asno olfateó el aliento fétido del león y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Apesta! ¡Por poco me ahogo!

—¿Cómo te atreves a calumniarme? —rugió el león—, y de un zarpazo lo desnucó.

Luego se volvió hacia el dromedario, haciéndole señas de que se acercara.

—Dime si tengo buen aliento.

El dromedario reprimió una mueca de disgusto, pero no pudo contener una náusea.

—Tu aliento huele bien: una mezcla de ámbar y de jazmín.

—Te estás burlando de mí —respondió el carnívoro, antes de desnucarlo.

El temor comenzaba a invadir al chacal.

—Ahora te toca a ti decir lo que piensas —ordenó el león.

El chacal se acercó. Husmeó su aliento y fingió estornudar.

—Estoy algo constibado —dijo, con voz tomada—. Berdona, bero no huelo nada de nada.

—Tú siempre sabes cómo salvarte —le dijo sonriendo el rey de los animales.

Y el chacal pudo volver tranquilamente a su madriguera.



9. Un día de suerte



Marruecos



Los jueces no siempre son equitativos, pero a veces demuestran tener humor.

Una mujer encontró un día una bolsa llena de monedas mientras barría la puerta de su casa. Dejó la escoba y se marchó al zoco* para comprar un cordero.

A pesar del calor, del polvo y del olor desagradable de los animales, recorrió lentamente el corral en el que se hallaban. Al final eligió un carnero de cuernos muy largos. Le tocó el vellón de lana para ver si estaba tan gordo como pretendía el vendedor. Se puso a regatear el precio, fingió marcharse, volvió, regateó nuevamente y terminó pagando. Regresó a su casa llevando el carnero de una cuerda y lo ató a una estaca en el jardín que se encontraba detrás de su casa.

Unos días más tarde, un chacal pasó por allí. Se relamió pensando en el carnero. «Alá* es muy generoso al ofrecerme tal festín», se dijo. Tras saltar el cerco, se lanzó sobre el carnero y se lo comió. La mujer vio desde su ventana al chacal en plena comilona. Le gritó, pero era demasiado tarde.

Luego fue a ver al cadí* para ver si obtenía alguna

reparación.

—Dime de qué se trata —le dijo el juez.

—Estaba yo barriendo delante de mi puerta...

—Tienes mucha razón. Hay que mantener limpio el hogar y sus alrededores —le dijo el cadí.

—... cuando me encontré una bolsa llenade monedas.

—Era tu día de suerte.

—Con el dinero me compré un carnero.

—Era el de la Aid el Kebir.*

—Unos días más tarde, un chacal, malditosea, se lo comió.

—Era su día de suerte y no el tuyo —dijo el cadí sonriendo.

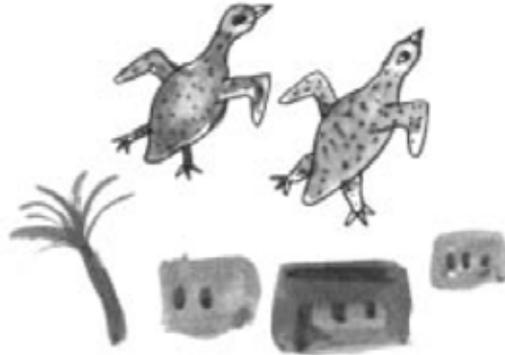
La mujer, sintiéndose desairada, se marchó sin agregar palabra.



10. El cadí y las perdices



Túnez



Este cuento fustiga la corrupción y los abusos de poder.

Un cazador había matado dos bellas perdices. Las desplumó, las limpió, las puso en un plato y agregó ajo, cebolla, especias y patatas, y a continuación las llevó hasta el horno de su pueblo. Le pidió al hornero¹ que no las cociera demasiado para evitar que la carne se secase.

—No te preocupes, tendré cuidado de que las perdices queden bien doradas y en su punto.

Ese día, el cadí* pasó cerca del horno y se sintió atraído por el delicado aroma que salía de allí.

—¿Qué es lo que estás cocinando que huele tan bien? —preguntó al hornero.

—Dos bellas perdices que un cazador ha tenido la suerte de matar esta mañana.

—Huelen tan bien que se me hace la boca agua. Vas a tener que dárme las.

—Pero estas perdices no me pertenecen —dijo, turbado, el hornero.

—Haz lo que te digo si no quieres que mande cerrar tu horno —replicó duramente el cadí.

—¿Y qué explicación voy a darle yo al cazador?

—Le dirás que cuando ibas a sacar las perdices

del horno salieron volando.

—Nunca me creerá.

—Arréglatelas para convencerlo y si no lo logras, ven a verme con él.

El cadí se llevó las perdices junto con dos barras de pan. Un momento más tarde llegó el cazador.

—Tus perdices salieron volando —trató de explicarle el hornero.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Cómo podrían salir volando dos aves que cacé esta mañana?

La discusión fue subiendo de tono y el cazador se volvió amenazante.

—Si no me crees, vayamos a ver al cadí y que él decida —propuso finalmente el hornero.

Y así lo hicieron.

—Este hombre —dijo el cazador quejándose— pretende que las dos perdices que cacé y que se estaban cocinando en su horno salieron volando. ¿Cómo puede ser?

—La respuesta está en el libro —declaró el cadí.

Abrió el Corán* que tenía delante, lo hojeó y se detuvo algunos instantes en una página.

—Tus perdices salieron volando gracias a la intervención de Alá.* Gloria a Él, que resucita a los muertos —dijo, y leyó un versículo* sobre la resurrección.²

El cazador no era tonto. Sin embargo, tuvo que retirarse sin hacer el menor comentario y sin la mínima protesta.

Unas semanas más tarde, el hornero acabó por explicarle que el juez le había amenazado para que le entregara las dos perdices.

—No sólo no recibí nada por haber cocido tus dos perdices sino que además perdí dos barras de pan que el cadí se llevó sin pagar.



11. Los dos hermanos y el cordero



Marruecos



Aquí nos burlamos de la estupidez.

Dos hermanos planeaban robar un cordero. Localizaron un rebaño vigilado por un pastor que no tenía perros. El más joven trepó hasta donde estaban los animales y se mezcló entre ellos mientras su cómplice, escondido detrás de unos matorrales, permanecía al acecho.

—¿Cojo un animal con cuernos o sin cuernos? —gritó el primero.

—Elige uno con grandes cuernos para utilizarlos de mango para nuestros cuchillos —respondió el otro.

El pastor los oyó. Pidió ayuda a los hombres del aduar* vecino, quienes llegaron enseguida. Cogieron al ladrón que se hallaba entre los corderos y lo molieron a palos. Cuando intentaba huir, recibió un golpe en la cara y se puso a sangrar por la nariz.

—¡Qué sangre más negra tiene! —dijo uno de los campesinos.

—Eso es porque ha comido muchas moras —explicó el ladrón escondido detrás de los matorrales.

Así pudieron cogerle a él también y entregarlo, junto con su hermano, a las autoridades.



12. El chacal y el perdigón



*El chacal tiene muchos enemigos porque suele jugar malas pasadas a los otros animales.
Pero a veces también sabe hacer amigos.*

Un día, un chacal vio un perdigón que estaba picoteando un árbol y se le acercó. El perdigón lo oyó y voló hasta una rama.

—No temas —le dijo el chacal—, sólo quería hablar contigo.

—Te escucho pues.

—Pareces siempre muy serio, y me preguntaba si te gustaba reír o hacer reír a los demás.

—Sí —respondió el perdigón—, de lo contrario mi vida sería muy triste. Pero tú también pareces muy serio.

—Si hago bromas pesadas a los otros animales es porque me gusta divertirme y reírme de ellos. A veces también hago reír a los demás a mi pesar y eso no me gusta nada.

—Quizás seas demasiado susceptible.

—Es posible. Pero apuesto a que tú no eres capaz de hacerme reír tanto como yo a ti.

—Puedo probarte lo contrario —respondió el perdigón, a quien le gustaban los desafíos. Condujo al chacal hasta un campo vecino en el que trabajaban dos felás.*

—Escóndete detrás de esa palmera y fíjate en lo que hago.

El perdigón fue a posarse sobre la cabeza de uno de los hombres.

—No vayas a moverte si no quieres perder el excelente almuerzo que tenemos —le dijo su compañero.

Se acercó lentamente alzando su azada para matar al pájaro. Pero éste salió volando y el felá recibió tal golpe en la cabeza que cayó desmayado.

El chacal, al verlo caer, lanzó una carcajada.

—¿Has visto? —le dijo el perdigón ya junto a él.

—Nunca me he reído tanto —reconoció el chacal.

Los dos compadres se alejaron rápidamente y fueron recorriendo la comarca. El ued* no estaba aún completamente seco y pudieron beber un poco de agua. Llegaron luego a un bosque de eucaliptos en el que penetró el chacal, mientras que el perdigón sobrevoló los árboles hasta encontrar un claro, donde esperó a su amigo. El chacal había aminorado el paso para gozar del frescor del bosque.

—¡Por aquí! —le gritó el pájaro al oír crujir las hojas secas bajo las patas del chacal.

El pájaro se había posado sobre una roca blanca, cerca de la cual el chacal vio un trozo de carne.

—No tiene muy buena pinta, ¿verdad?

—No sé nada de carne —respondió el perdigón.

El chacal la husmeó y la tocó con su pata. Era una trampa. Apenas la hubo tocado, ésta se cerró, quedando el animal cogido por la pata. El perdigón se acercó para tratar de liberarlo, pero no pudo hacer nada. Se posó en un árbol y se quedó allí esperando hasta que por fin apareció el hombre que había puesto la trampa. Cuando lo oyó, el chacal se hizo el muerto. El hombre sonrió al verlo así.

—¡Ya te has muerto! Eso me ahorra el trabajo de tener que matarte, pero de todos modos toma esto por todas las gallinas que me robaste —le dijo, dándole unos cuantos palazos.

Luego abrió la trampa, sacó al chacal y lo arrojó un poco más lejos. El animal permaneció inmóvil. El hombre volvió a poner la trampa bajo las hojas

dejando el cebo a la vista, y se alejó silbando. Apenas hubo desaparecido, el chacal se levantó. El perdigón lo estaba esperando en la rama desde la que había asistido a toda la escena.

—¡De buena te has librado! —le dijo el pájaro—. Y aunque no me hayas hecho reír, considero que estamos empatados, ya que el espectáculo que me has ofrecido ha sido excelente por la astucia que has demostrado.

—Eres muy generoso —respondió el chacal.

—Me toca a mí ahora proponer un reto —exclamó el perdigón—. Veamos cuál de los dos logra que el otro coma mejor.

El chacal y su amigo abandonaron el bosque. Vieron a una campesina que estaba llegando a su aldea. Llevaba una cesta con carne y pastelillos de miel sobre la cabeza.

—Acércate a ella sin que te vea —dijo el pájaro.

Luego fue a posarse en el camino revoloteando torpemente como si tuviera un ala rota. La campesina creyó que estaba herido y decidió atraparlo. Dejó su cesta y se acercó tendiendo las manos, pero

el perdigón dio un salto y se le escapó. Cada vez que la campesina se aproximaba, el pájaro hacía lo mismo, alejándose más y más. Mientras tanto, el chacal se comía la carne y los pasteles. El pájaro acabó por irse volando. La mujer, decepcionada, regresó para recuperar su cesta. Cuando se agachó a recogerla, se dio cuenta de que estaba vacía. Miró furiosa a su alrededor y vio al chacal alejándose. Comprendió entonces que había sido engañada. El perdigón fue hasta donde se hallaba el chacal.

—¿Has comido bien?

—¡Siento que me va a estallar la panza!

—Ahora te toca a ti conseguirme una buena comida —dijo el pájaro.

A lo lejos había un felá sembrando trigo. Se le acercaron. El hombre había dejado una bolsa de semillas a un costado del campo, de donde cogía unas cuantas a cada rato.

—¡Esa bolsa es mía! —gritó el chacal.

El felá cogió un palo y se precipitó sobre el animal para ahuyentarlo. Este último dio un salto para

alejarse y se detuvo un poco más lejos. El hombre lo perseguía, amenazándolo. El chacal se alejó aún más. Mientras tanto, el perdigón se hartaba de semillas.

—Ya he comido lo suficiente, no puedo más —le gritó al chacal.

Al oírlo, el chacal salió huyendo definitivamente del hombre. El felá regresó a su campo y se dio cuenta de que su bolsa estaba vacía. El chacal y el perdigón se encontraron un poco más tarde.

—He comido como nunca antes —reconoció el pájaro.

—Entonces seguimos empatados —dijo el chacal.

El perdigón asintió. Desde entonces, los dos compadres se hicieron muy amigos y suelen encontrarse con gusto.



13. ¡Ay!

الم

Marruecos



«El malo siempre termina siendo víctima de su propia maldad», dice un dicho popular.

Un hombre se había casado con una viuda a quien quería mucho. Ésta tenía un hijo de un primer matrimonio. El muchacho vivía con ellos pero no era feliz, ya que su padrastro lo odiaba.

Un día, la mujer preparó una pastilla* y el padrastro decidió sin ninguna razón que el muchacho no la probaría. Cuando iban a sentarse a almorzar, el padrastro le mandó a hacer unas compras.

—Ve corriendo al mercado —le ordenó— y trae un poco de pan, higos y un «ay».

El muchacho compró tres kesras* y un kilo de higos negros y luego se puso a buscar el «ay». Cada vez que entraba en una tienda para pedir uno, se burlaban de él. Como temía la ira de su padrastro, no se atrevía a volver a su casa. Iba así errando por las calles de la medina* cuando se topó con tres niños que habían encontrado un escorpión. Se divertían acercando el dedo índice lo más cerca posible del agujijón del animal y lo retiraban rápidamente gritando:

—¡Ay!

«He aquí lo que ando buscando», se dijo el chico.

Los niños le dieron el escorpión sin ninguna pega a cambio de una moneda. Era negro como los higos. El muchacho lo puso en la bolsa con la fruta y volvió muy satisfecho a su casa.

—Espero que hayas traído lo que te pedí —le dijo el padrastro.

—Sí...

—¿Has traído también el «ay»?

—Por supuesto.

—¿Y dónde está?

—Ahí, con los higos.

—Pues yo no lo veo —respondió el hombre, mirando dentro de la bolsa.

—Eso es porque es del mismo color que los higos o porque está debajo de ellos.

Intrigado, el padrastro decidió vaciar la bolsa. Metió la mano dentro, cogió un higo y lo puso sobre la mesa. Luego cogió otro e hizo lo mismo. En el momento de introducir la mano en la bolsa por tercera vez, el escorpión le picó...

—¡AAAYYYY! —gritó.

14. La ogresa



En el Magreb, como en el resto del mundo árabe, está muy mal visto que una mujer no tenga hijos. Y cuando da a luz por primera vez, es preferible que sea un varón. Este cuento nos explica que no hay que tratar de ser madre a cualquier precio.*

Fatma llevaba diez años de casada y no había podido tener ni un solo hijo.

—Como sigas así, tu marido va a repudiarte* —le repetían a menudo su madre, sus hermanas Oy sus amigas.

El marido de Fatma era un fatalista. Creía que ya llegaría el feliz momento y nunca se le había ocurrido hacer el menor reproche a su mujer. Esto no impedía que Fatma se sintiera muy triste a veces. Había consultado a varios médicos de la ciudad y todos le habían aconsejado que tuviera paciencia.

—Con el tiempo todo se arregla —le había dicho uno de ellos.

Así, la mujer esperó y esperó, pero como nada ocurría, fue a ver a una hechicera. Sin embargo, sus brebajes fueron totalmente ineficaces. Entonces le dio por rezar, y, cinco veces al día, le suplicaba a Alá:*

—Dame ese hijo que tanto espero, y poco importa que sea una niña o un monstruo —repetía la mujer—. Lo importante es que consiga ser madre de una vez.

Alá acabó por concederle su deseo. La mujer quedó embarazada y, nueve meses después, nació una niña.

—Es el día más feliz de mi vida —dijo Fatma, llorando de alegría.

Su marido se sentía igualmente feliz, aunque hubiera preferido un varón. La niña tenía un apetito voraz. Cuanto más comía, más hambre tenía. Cuando la leche materna se agotó, hubo que recurrir a las ovejas de la familia, pero, muy rápidamente, la leche que daban ya no bastó, de manera que Fatma tuvo que agregar la leche de sus cabras y luego la de sus vacas.

La niña fue creciendo y con ella su apetito. Apenas empezó a hablar, exigió carne fresca. Fatma comprendió entonces que había dado a luz una ogressa. Como quería mucho a su hija, decidió guardar el secreto. Para poder alimentarla debió sacrificar sus ahorros y vender sus joyas. Cada día, a hurtadillas, iba a la ciudad y compraba la carne que exigía su hija.

A los siete años, la ogresa tenía el tamaño de una mujer adulta. Una noche en la que se sentía particularmente hambrienta, se levantó y devoró una oveja y una cabra en el corral de sus padres. Volvió a empezar a la noche siguiente y terminó yendo a casa de los vecinos para atacar a dentelladas a mulas, asnos y caballos. Llegó incluso a tragarse un dromedario.

Los aldeanos, al darse cuenta de que faltaban algunos animales, decidieron hacer guardia. Una noche, el padre de la ogresa vio cómo su hija salía de la casa, se acercaba a una vaca, la degollaba y se la comía para luego volver a su cama. Al día siguiente habló con su mujer.

—He descubierto que nuestra hija es una ogresa.

—Hace tiempo que lo sé, pero no me atrevía a decírtelo —confesó Fatma.

—Tenemos que matarla —declaró el marido.

—Soy su madre —replicó la mujer—, y debes comprender que eso es imposible para mí.

El hombre fue a informar a los ancianos de la aldea, que se reunieron inmediatamente. Aconsejaron a los

aldeanos que abandonaran el lugar lo antes posible.

—Es la única manera de no ser devorados como nuestros animales —dijeron a la gente.

Los aldeanos salieron huyendo, dejando sus casas. Las únicas que se quedaron fueron la ogresa y su madre. Ésta se ocupaba de los animales abandonados en los corrales por algunos aldeanos que tuvieron demasiado miedo como para llevárselos. Cada día, la madre le daba varios animales a su hija, cuyo apetito aumentaba sin cesar, y ésta no tardó en comérselos a todos.

Cuando Fatma ya no tuvo nada para darle de comer a su hija, decidió huir, ya que temía ser devorada también. Una noche de luna llena, mientras su hija dormía profundamente, abandonó la aldea con los ojos llenos de lágrimas.

Se dice que la ogresa sigue recorriendo la comarca gritando que tiene hambre.



15. Mektoub



Túnez



No puede uno quedarse esperando indefinidamente que llegue su día de suerte.

Cierto día, un anciano se dirigió al chacal.
—¿Por qué andas todo el tiempo robando? —le preguntó.

—Es que necesito comer. ¿Cómo podría hacerlo sin robar?

—Espera que llegue tu día de suerte y ten confianza en el destino —aconsejó el hombre—. Si vives honradamente, te sentirás mucho más feliz.

—Pues trataré de hacerlo —respondió el chacal.

Y a partir de ese momento renunció a robar. Miraba pasar los rebaños de ovejas sin ceder a la tentación. Así pasó una semana. Al octavo día, dejó pasar un rebaño sin moverse. Pero un cordero se había quedado atrás. El chacal lo cogió y se lo llevó.

—¿Es así como esperas tu día de suerte? —le reprochó el anciano.

—Como tardaba mucho en llegar y corría el riesgo de morirme de hambre esperando, preferí adelantarme —respondió el chacal.



16. La justicia



Argelia



«¿Qué es lo que hay más allá de la justicia? La equidad»

Un felá* vivía humildemente en su pequeña parcela de tierra sin meterse jamás con nadie. Un día, tuvo un altercado con un campesino rico a propósito del riego de unos campos. Éste era irascible¹ y abofeteó al felá, quien decidió demandarlo ante la justicia.

Unas semanas después, los dos hombres se encontraron frente al tribunal. El hombre rico fue el primero en entrar en el despacho del cadí,* le hizo un regalo y le contó su propia versión de los hechos.

—Muy bien —dijo el juez.

Luego le tocó al hombre pobre.

—¿Es usted quien ha demandado a este honorable campesino? —preguntó el cadí.

—Sí...

—Dígame qué es lo que le reprocha.

—Este hombre —explicó el demandante— vino a discutir conmigo por un asunto de agua y me dio una bofetada.

El juez reflexionó unos instantes.

—Pues bien —le dijo al felá—, la ley prohíbe golpear a los demás, y este campesino le debe a usted una reparación por haberlo hecho.

Cogió entonces el libro que tenía delante de él y fingió hojearlo.

—Por una bofetada, la indemnización se eleva a un kilo de trigo —declaró.

Esta sentencia satisfizo plenamente al rico, pero no así al pobre. Cuando el primero salió a comprar el trigo, el demandante fue hasta donde estaba el cadí y le dio una bofetada.

—Pero ¿está usted loco? —gritó el juez.

—No, pero llevo algo de prisa —le dijo el felá para disculparse—. Quédese pues con el kilo de trigo que el otro va a traer para mí. Corresponde a lo que debo darle yo a usted para reparar este gesto.



17. El felá, su familia y la vampiresa



Marruecos



*Muchos seres humanos no tienen bastante para comer y luchan para sobrevivir.
En algunos casos, a estas dificultades cotidianas se agrega la amenaza de las vampiresas.*

Un modesto felá* vivía en una casa de adobe¹ junto a su mujer y sus dos hijos. El mayor era inteligente y muy listo. El menor tenía tiña en la cabeza y no paraba de rascarse, además de ser un poco tonto.

El felá nunca volvía a su casa con lo suficiente para alimentar a su familia y, varias veces por semana, la cena se limitaba a un poco de pan con aceite de oliva. Su mujer no aceptaba aquella miserable condición y así, un día, decidió tratar de ganar un poco de dinero. «Prefiero mendigar a seguir muriéndome de hambre», se dijo.

Aprovechó la ausencia de su marido para salir con sus dos hijos. Los tres marcharon hacia la ciudad vecina. Caminaban muy deprisa, a pesar del calor y del polvo. Era casi mediodía cuando se detuvieron cerca de una gran higuera de tuna que estaba al borde del camino. Los frutos erizados de finas espinas eran difíciles de coger. Una anciana que volvía a un aduar* vecino apoyándose en su bastón

se detuvo para ayudarlos. La madre fue abriendo los frutos con un cuchillo que llevaba. Y los dos chavales se hartaron de higos bien maduros.

—¿Por qué están tan flacos tus hijos? —preguntó la anciana.

—Así lo quiere Alá* —suspiró la madre.

—Parece que estos pobrecitos suelen pasar hambre. Te mostraré un lugar en el que encontrarás donde comer gratuitamente. Pero antes debes prometerme que no le dirás a nadie que fui yo quien te llevó hasta allí.

—Te lo prometo —dijo la mujer, que iba detrás de la anciana con sus hijos.

Se dirigieron hacia una colina, que bordearon. Detrás de ella había una casa muy grande rodeada de palmeras.

—Es aquí —dijo la anciana, alejándose rápidamente.

La puerta de la casa estaba abierta.

—Esperadme aquí fuera —dijo la madre a sus niños.

La casa pertenecía a una vampiresa que, a esas

horas, debía de andar cazando. Había montones de comida en cada aposento. La madre cogió una cesta redonda y la llenó de sémola, de harina, de diversas legumbres y de dátiles. Luego la colocó encima de su cabeza y regresó a su casa con sus hijos. Aquella noche preparó un verdadero festín. Su marido, al regresar, se sintió intrigado por el exquisito aroma que salía de la casa.

—¿Y de dónde ha salido toda esta comida? —preguntó.

Como su mujer no le respondía, el felá montó en cólera y comenzó a elevar la voz.

—Mamá la cogió en una casa muy grande —le respondió, rascándose, el hijo menor.

—¿De qué casa se trata, niño tiñoso?

—La casa que está rodeada de palmeras...

—¿Y dónde está esa casa?

—No lo sé.

—¡Indicadme dónde se encuentra esa casa! —gritó el hombre.

—Detrás de una colina, cerca del camino que lleva a la ciudad —le explicó su hijo mayor.

—Mañana mismo me llevaréis hasta allí —dijo el

padre, ya más tranquilo.

Partieron al día siguiente. Como en la víspera, la casa estaba abierta y no había nadie en ella. La mujer llenó rápidamente de comida la cesta que había llevado.

—Sírvete de prisa antes de que lleguen los dueños —aconsejó a su marido mientras salía apresuradamente.

En lugar de escucharle, éste se puso a visitar cada rincón de la casa. Luego comenzó a comer. Se sentó y cogió una naranja, un puñado de dátiles y varios cuernitos de gacela.* Comenzó a imaginar que aquella casa le pertenecía. Se entretuvo tanto que la dueña de la casa acabó por sorprenderlo. Era una vampiresa horrible, un ser monstruoso con largos dientes acerados, enormes garras puntiagudas y una cabellera tan abundante que la iba arrastrando por el suelo. Muy enfadada por haber encontrado al hombre allí, lo cogió por la nuca y lo sacudió violentamente.

—¿Por qué has entrado en mi casa?

—Es que tenía hambre y la puerta estaba

abierta...

—Ésa no es razón para que te introduzcas en mi casa. Pero ¿quién te ha enseñado el camino?

—Fue mi mujer.

—¿Y dónde está?

—Ha vuelto a casa.

—Pues bien, me vas a llevar hasta ella —ordenó la vampiresa, montándose sobre la espalda del felá.

Pesaba tanto que al pobre hombre le costaba mucho caminar. Al ver llegar tan curiosa cabalgadura, la mujer del felá comprendió que la situación se estaba poniendo fea. Hizo señas a su marido para que pasara de largo y alejara a la vampiresa de su casa. Pero el hombre tenía tanto miedo que continuó avanzando hacia su hogar.

—¿Es tu mujer? —le preguntó la vampiresa.

—Sí...

—¿Por qué gesticula tanto?

—Es para darte la bienvenida.

Apenas hubo entrado en la casa del felá, la vampiresa cogió todas las mantas y se acostó tras

amenazar con devorar a padres e hijos si alguien intentaba huir.

—¡Os hallaré allí donde os encontréis, no lo dudéis!

Cuando se despertó al día siguiente, se dirigió a la madre.

—Voy a salir —le dijo—. Durante mi ausencia, cocinarás a tu hijo mayor y me lo comeré a mi regreso.

La pobre madre era incapaz de cometer un acto tan cruel. «¿Dónde podré encontrar algo de carne para salvar a mi hijo?», se preguntó angustiada. Y recordó que el día anterior había visto el cadáver de un dromedario cubierto de moscas a la salida del pueblo. Fue corriendo a cortar un trozo de carne y se lo llevó a su casa. Mientras lo cocinaba, despejó el trastero en el que su marido guardaba sus herramientas para esconder a su hijo mayor.

—No hagas ningún ruido si no quieres que te devoren —le aconsejó.

Al volver, la vampiresa se precipitó con apetito

sobre la comida que le estaba esperando.

—¡Está delicioso! Mañana cocinarás al menor — le ordenó.

—¡Ten piedad! —le suplicó la madre, fingiendo—, ¡no quiero sacrificarlo así!

—¡A callar! —gritó la vampiresa.

La madre hizo lo mismo que el día anterior. Cogió otro trozo de carne del cadáver del dromedario, lo cocinó y escondió al tiñoso en el trastero. A la vampiresa le encantó la comida.

—Mañana te comeré a ti. Vas a cocinarte a ti misma.

—Pero eso es imposible —protestó la pobre mujer.

—¡Debes obedecerme! —le gritó la vampiresa amenazante.

Al tercer día, la madre preparó otro trozo de dromedario y se escondió junto a sus hijos. La vampiresa se dio una panzada. La mañana del cuarto día la vampiresa ordenó al felá que reemplazara a su mujer y se cocinara a sí mismo. Luego se marchó. El infeliz ignoraba la estratagema utilizada

por su esposa, ya que se hallaba ausente cada vez que ésta había cocinado. Cogió una olla enorme, la llenó de agua y la puso en el fuego. Cuando el agua empezó a hervir, el hombre intentó colocarse dentro de la olla, pero el vapor hirviente lo hizo retroceder. Lo intentó nuevamente, pero acabó por renunciar.

—¡Oh, pobre esposa mía! ¡Si estuvieras aún aquí, podrías darme un consejo! —gimió.

Su mujer, que le estaba escuchando desde su escondite, decidió intervenir.

—Nunca has sido muy listo —le reprochó.

—¿Eres tú? —le respondió temblando—. Entonces, ¿no estás muerta?

—Tranquilízate. Aún pertenezco a este mundo y nuestros hijos también. Apresúrate y ve a la salida del pueblo. Allí encontrarás el cadáver de un dromedario. Trae la carne que queda y cocínala para la vampiresa.

El felá siguió el consejo de su mujer y se escondió con los suyos en el trastero. Como había puesto la carne en la olla demasiado tarde, ésta estaba aún

un poco cruda cuando llegó la vampiresa, quien, disgustada, dijo:

—Maldito felá, no cocinas tan bien como tu mujer.

Al escuchar esto, el felá se sintió herido y se puso a protestar sin pensar en el peligro que corría.

—Es culpa tuya. No debías haber regresado tan pronto —le dijo.

La vampiresa, sorprendida primero y furiosa después, hizo salir a todo el mundo del escondite.

—Mañana me quedaré aquí y cocinarás a tus dos hijos delante de mí —le dijo a la madre—. Y ahora, todos a la cama.

Ahora sí que no había salvación. La mujer del felá esperó a que la vampiresa se durmiera para despertar a sus hijos. Les ordenó que huyeran sin hacer ruido. Una vez despierta, la vampiresa no los perseguiría si los padres se hallaban aún en la casa. La madre decidió sacrificarse junto con su marido, y por eso no lo despertó.

La noche era clara. El mayor corría tan rápido como podía, llevando de la mano a su hermano, el tiñoso, quien no paraba de gemir. El desierto no estaba lejos. Acabaron por alcanzarlo y se toparon con un campamento de caravaneros. Fueron bien recibidos y pudieron comer y dormir en la tienda de campaña reservada a los hombres.

Al día siguiente contaron su aventura a los caravaneros, y éstos les propusieron irse con ellos. Los dos hermanos aceptaron. Pero el tiñoso tenía una idea fija que lo aterrorizaba: estaba convencido de que la vampiresa los perseguía y creía verla a cada instante. Así se convirtió en el hazmerreír de todos.

Una mañana, la caravana se detuvo para pasar dos días cerca de un oasis. El tiñoso cogió un plato de cuscús* y se alejó del campamento, a pesar de los gritos de su hermano mayor, que lo llamaba.

—¡Este plato es mío, y ay de quien quiera cogérmelo! —repetía mientras corría.

Acabó por sentarse a pleno sol y se puso a comer

solo. De pronto llegó una mosca y se puso a revolotear a su alrededor.

—Si te atreves a tocar mi cuscús, te aplasto —
le dijo.

La mosca se posó sobre el plato. El tiñoso arrancó su turbante e intentó aplastarla con él, pero falló y la mosca se fue volando. Entonces abandonó su plato sobre la arena caliente y persiguió al insecto agitando el largo trozo de tela blanca.

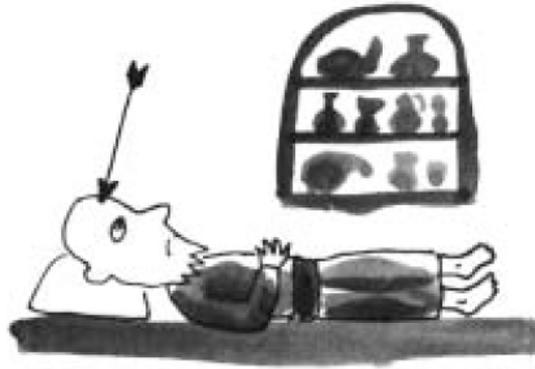
Por la noche, alrededor de la hoguera, cuentan en el Magreb* que el tiñoso fue tan lejos persiguiendo a la mosca que llegó hasta un reino en el que se convirtió en bufón del sultán.* Su hermano mayor adoptó la ruda vida de los caravaneros. Se casó con la hija de uno de ellos y, después de haber tenido muchos hijos, hizo con su mujer la peregrinación a La Meca.* En cuanto a los padres, que se habían quedado con la vampiresa, el cuento no dice si ésta se los comió.



18. Un hombre sin cerebro



Túnez



Es mejor pensárselo bien antes de tomar una decisión importante.

En tiempos lejanos, un ejército extranjero sitió la capital de un reino del Magreb.* El sultán* ordenó a sus tropas que intentaran salir para liberar la ciudad. Un hombre rico e importante quiso unirse a los soldados. Lo aceptaron.

Los hombres salieron y entraron en combate más allá de las murallas. El rico recibió un flechazo en el cráneo que lo derribó del caballo. Tras la victoria, el médico del sultán asistió al herido.

—Si retiramos lentamente la flecha, corremos el riesgo de retirar al mismo tiempo un trozo de cerebro, y el infeliz morirá —dijo el médico a su asistente—. Si, en cambio, logramos retirarla de un golpe seco, este hombre sobrevivirá.

—No corro ningún riesgo, aun cuando intentéis retirar la flecha lentamente —señaló el herido—, porque no tengo cerebro.

—¿Cómo es posible?

—Es muy simple: de haberlo tenido, no habría solicitado participar en el combate.



19. Cuatro, cinco o seis



Los únicos que no saben contar hasta cinco son los asnos.

Baha se había levantado al amanecer para ir al zoco.* El día anterior, su tío le había dado dinero para que comprara cinco asnos. Partió a pie, llevando consigo un poco de pan y algunas aceitunas que se fue comiendo por el camino. Al llegar al zoco, pidió un té a la menta.

Había muchos animales para vender. Ovejas, cabras, asnos, mulas, dromedarios y caballos estaban juntos y sufrían, como los hombres, por el calor agobiante, el polvo y las innumerables moscas. Baha pasaba de un grupo de asnos a otro y se detenía a mirar los que le interesaban. Cuando elegía uno, le pedía al mercader que abriera la boca del animal para ver en qué estado se encontraban sus dientes. Luego regateaba el precio durante un buen rato.

Al mediodía, Baha poseía cinco asnos jóvenes y robustos, y con ellos se alejó del zoco muy satisfecho. En el camino de regreso, se sintió cansado. Montó sobre una de las bestias para descansar. Al cabo de un rato, tuvo la impresión de que le faltaba un asno. Contó los animales: uno,

dos, tres, cuatro. Faltaba uno. Volvió a contar y le seguía faltando uno. Muy disgustado, le dio al asno con los talones y se fue a la izquierda y a la derecha antes de mirar hacia atrás, sin vislumbrar al asno que faltaba. De pronto vio a un felá* y le pidió ayuda.

—He comprado cinco asnos en el zoco y acabo de perder uno —le explicó tristemente.

El felá contó en voz alta.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¿Has contado el asno en el que estás montado?

—No —respondió Baha—, pero ¿cómo puedes encontrar seis si sólo he comprado cinco?

—Simplemente porque tú eres un asno entre los asnos —dijo irónicamente el felá alejándose.

Avergonzado, Baha siguió su camino con los animales y no le contó a nadie lo ocurrido.



20. Las pruebas



Túnez



Dar pruebas de generosidad puede a veces llevarle a uno a casarse con una princesa.

Youssef era hijo único. Vivía solo en casa de sus padres, después de que una terrible epidemia diezmará¹ a la población de las diferentes tribus de la región, incluyendo a su familia, amigos y vecinos.

Era pobre pero trabajador, inteligente y generoso. Para olvidar su triste destino, decidió abandonar su aldea. Vendió los pocos corderos que tenía, cerró su casa y confió la llave al único amigo que le quedaba.

—El mundo es inmenso, ya encontraré un lugar donde pueda vivir mejor que aquí —le dijo al despedirse.

Se marchó a pie. Como no estaba acostumbrado a caminar, los primeros días le resultaron penosos. Pero al cabo de unas semanas, ya hacía etapas cada vez más largas. Casi siempre dormía al aire libre o en casa de aquellos que le ofrecían su hospitalidad, y muy rara vez en las posadas.

Un día se detuvo a almorzar debajo de un eucalipto. Cerca del árbol había un hormiguero. Las hormigas

no tenían nada que comer y así se lo hicieron saber a Youssef. Éste cogió uno de los panes que había comprado poco antes y se lo dio a las hormigas tras cortarlo en pedacitos. Las hormigas se hartaron de comer. En agradecimiento, le dieron las patas de una de ellas que acababa de morir.

—Si necesitas ayuda, háznoslo saber echando una pata al fuego. Acudiremos de inmediato.

Youssef sonrió, pensando que nunca las necesitaría, pero conservó las patas en un pañuelo que anudó antes de seguir viaje.

Al día siguiente se topó con una mona que estaba con sus pequeños.

—Hace varios días que no comemos —le dijo la mona.

Youssef fue al pueblo, compró una bolsa de cacahuets y se la dio.

—Toma esta mata de pelo y consérvala. El día en que te encuentres en apuros, arrójala al fuego y de inmediato acudiremos en tu ayuda, mis congéneres y yo —le explicó la mona.

El muchacho se lo agradeció y se fue. La semana siguiente, cuando ya había anochecido, vio una lechuza sobre la rama de un árbol.

—Tengo un ala herida —ululó el pájaro—. Ya no puedo cazar y mis pequeños están muy hambrientos.

Youssef había cogido una pequeña liebre para cenar. Abrió su bolsa y se la ofreció a la lechuza. El pájaro se arrancó una pluma con el pico y se la dio a su benefactor.

—Si quieres obtener mi ayuda, quema esta pluma.

—Gracias —le respondió el muchacho, que aquella noche debió conformarse con unos pocos dátiles.

Una tarde, pasó delante de una colmena. Las abejas no tenían nada que comer. Les dio un recipiente con miel y recibió a cambio el aguijón de una de ellas.

—Cuando lo quemes, sabremos que necesitas nuestra ayuda.

Youssef siguió viajando varias semanas más antes de llegar a una gran ciudad. Era la capital de un reino cuyo sultán* deseaba casar a su hija. Para obtener la mano de la princesa, había que pasar varias pruebas muy difíciles. Si el infeliz pretendiente fracasaba, era decapitado. Varios jóvenes habían sido ya decapitados en la plaza del palacio real. Esto no desanimó a Youssef, quien se presentó ante el soberano.

—Vengo a pedir la mano de vuestra hija —dijo, haciendo una reverencia.

—Para obtenerla debes pasar tres pruebas.

—¿Cuáles, Majestad?

—La primera consiste en separar granos de trigo y de cebada que han sido mezclados —explicó el sultán—. Dispondrás de una noche para hacer dos montones diferentes. Al amanecer, un guardia vendrá a ver si lo has logrado.

Al caer la noche, Youssef fue conducido hasta un patio aislado del palacio en cuyo centro habían derramado las semillas que había que separar. Varias antorchas iluminaban el lugar. El muchacho se estremeció al ver la enorme cantidad de granos.

Pero ya era tarde para echarse atrás y puso manos a la obra. Muy rápidamente se dio cuenta de que le sería imposible cumplir con su cometido en una sola noche. Abandonó su trabajo y se puso a pensar. De pronto se acordó de las hormigas. Desanudó el pañuelo en el que se encontraban las patas que le habían dado. Cogió delicadamente una entre el pulgar y el índice, la acercó a una antorcha, dudó un instante y sin creérselo demasiado la quemó. La llama se avivó. Creció y creció hasta producir mil destellos cegadores. Youssef se sintió temeroso y maravillado al mismo tiempo. De pronto la llama volvió a ser la misma de antes, mientras el suelo del patio se cubría de hormigas. Youssef les explicó lo que quería. De inmediato comenzaron a separar los granos. Eran tantas que el trabajo avanzó muy deprisa. Cuando ya todo estuvo listo, las hormigas se marcharon sin despertar al muchacho, que se había quedado dormido. Al amanecer, un guardia lo despertó sacudiéndolo.

—Al sultán le sorprenderá saber que has pasado la primera prueba —le dijo.

Algunas horas después, Youssef fue recibido por el

monarca.

—Te felicito por lo que has hecho —le dijo—. La segunda prueba consiste en cosechar los dátiles en el gran palmeral real que se encuentra al sur del palacio. Dispones de todo el día para realizar esta tarea. Un guardia te conducirá al palmeral e irá a buscarte al atardecer.

Una vez que se encontró solo, el muchacho recogió algunas palmas² secas e hizo una pequeña hoguera. Arrojó a las llamas la mata de pelo de la mona. Las llamas crecieron y se elevaron produciendo una humareda de la que surgió la mona. Youssef le indicó lo que deseaba. La mona batió palmas y surgieron cerca de un centenar de monos, cada uno más ágil que el anterior. Treparon a las palmeras y terminaron la cosecha en pocas horas.

Al día siguiente, el sultán felicitó al joven, y después le habló de la tercera prueba.

—Deberás cubrir de blanco todos los tejados del palacio durante la noche —le dijo.

No bien se hubo ocultado el sol, Youssef quemó la pluma de la lechuza, que se posó inmediatamente a su lado. Le dijo lo que quería el sultán. El pájaro ululó un buen rato y sus congéneres surgieron por millares. Cuando se enteraron de lo que se les pedía, depositaron sobre los tejados del palacio las plumitas más blancas de su plumaje. Eran tan blancas que, al despertar, la familia real tuvo la impresión de que había estado nevando toda la noche.

—Eres muy bueno —declaró el sultán—. Puesto que has triunfado en las tres primeras pruebas, has salvado el pellejo. Te concedo la mano de mi hija. Pero sólo será tuya si logras reconocerla durante una fiesta que organizaré mañana en tu honor. La princesa estará entre las mujeres de mi familia y todas llevarán el mismo velo y las mismas ropas.

Youssef hizo una reverencia ante el monarca y se retiró al aposento que le habían atribuido en una de las dependencias del palacio real. Encendió una vela, cogió el aguijón que conservaba en un pañuelo y lo quemó. Apareció una abeja.

—Te escucho —le dijo.

—Tienes que encontrar a la hija del sultán entre todas las mujeres con velo que participarán en la fiesta de mañana.

—Voy a pasearme discretamente por el palacio para reconocerla. Y mañana, me posaré sobre su cabeza para indicarte cuál es —le dijo el insecto.

Al día siguiente, el muchacho pidió al sultán la autorización para subirse encima de los sillones del gran salón para poder ver a todos los asistentes. La orquesta comenzaba a tocar cuando la abeja pasó zumbando al lado de Youssef. Éste la siguió con la vista y vio que se posaba sobre el velo que recubría la cabeza de una de las mujeres. Ésta debió de sentirla, pues la espantó con la mano. La abeja revoloteó unos instantes sobre los invitados y volvió a posarse sobre la misma cabeza. Luego salió volando y desapareció. El muchacho se acercó a la princesa y la designó ante el sultán.

—He aquí vuestra hija, Majestad —le dijo.

—En efecto —dijo el padre, sonriendo—. Vas a convertirte en mi yerno.

Las bodas se celebraron el mes siguiente y las

festividades en la capital duraron siete días y siete noches. Al único amigo de Youssef que quedaba vivo le avisaron demasiado tarde para poder asistir al casamiento. No pudo visitarlo hasta el año siguiente. Se sintió tan bien en la capital que terminó instalándose allí y se casó con una prima de la princesa, sin tener que someterse a las mismas pruebas que Youssef.



21. El garbanzo mágico



Argelia



La más insignificante de las legumbres puede poseer a veces poderes insospechados.

Un chaval había sido secuestrado y vendido como esclavo. Lo metieron en un barco y lo mandaron más allá de los mares para trabajar en casa de un rico terrateniente. Vivió a su servicio, en compañía de otros esclavos ya mayores. Al igual que ellos, estaba obligado a cumplir tareas muy pesadas bajo la vigilancia de unos guardias que no dudaban en golpearlos.

Así transcurrieron varios años. El chaval se había convertido en un muchacho muy guapo. Su condición de esclavo le pesaba cada vez más y pensaba a menudo en huir. Había imaginado incluso un plan de evasión y estaba esperando el momento oportuno para llevarlo a cabo. Pero como el destino había decidido otra cosa, no pudo hacerlo.

Estaba un día labrando un campo y aplicándose para cavar unos surcos paralelos cuando vio un garbanzo entre dos montículos de tierra. Ese garbanzo pertenecía a su amo. El guardia de servicio lo observaba distraídamente, recostado en una higuera, y había acabado por adormecerse. El muchacho aprovechó la ocasión para detener

su arado y recoger el garbanzo. Lo frotó contra su túnica para limpiarlo antes de comérselo. Se disponía a triturarlo con sus dientes cuando el garbanzo exclamó:

—Si no me comes, no te arrepentirás, pues sabré recompensarte.

—¿Y qué podría hacer por mí un garbanzo como tú? —respondió sorprendido el esclavo.

—Podría simplemente hacerte feliz, ya que tengo el poder de satisfacer todos tus deseos.

Una sonrisa iluminó el rostro del joven.

—Pues bien, quisiera ser dueño de la magnífica mansión de mi amo y ser transportado con ella hasta la ciudad en la que nació.

Apenas terminó de decir esto, su sueño se hizo realidad. La mansión se hallaba ahora en un vasto jardín que dominaba el mar. El joven colocó el garbanzo en un cajón y salió. La ciudad no había cambiado mucho. Se dirigió hacia el barrio en el que había vivido antes de convertirse en esclavo. Esperaba encontrar a sus padres. Pero, en el camino, se topó con un antiguo vecino que le

anunció la desaparición de éstos, ocurrida unos meses antes. Se preguntó si el garbanzo tenía el poder de resucitarlos. Pero renunció a hacerlo porque era muy creyente. Ni nada ni nadie podía ir contra la voluntad de Alá.*

Mientras tanto, el rico terrateniente andaba buscando su garbanzo mágico. «¿Dónde pude haberlo dejado?», se preguntaba mientras recorría su propiedad con los ojos clavados en el suelo. Terminó por abandonar la búsqueda hasta el día siguiente. La pérdida del garbanzo lo había perturbado tanto que pasó varias veces delante del lugar donde debía encontrarse su mansión antes de darse cuenta, horrorizado, de que ésta había desaparecido.

—He visto salir volando tu mansión con el joven esclavo asomado a una de sus ventanas —le informó su mayordomo.

El terrateniente comprendió entonces que su esclavo había encontrado el garbanzo mágico. «Estoy seguro de que habrá vuelto a su país, y haré lo que sea para encontrarlo», se dijo.

Unas semanas después, disfrazado de mercader ambulante, se embarcó en una nave que salía para el país de su esclavo. Al llegar, se alojó en una posada, y a continuación recorrió la ciudad en busca de la casa que le había robado el joven. Acabó por encontrarla. Se acercó a su imponente portón de madera de cedro decorado con enormes clavos, levantó la mano de cobre que brillaba al sol y dio tres fuertes golpes.

El muchacho había salido. Como acababa de casarse con una bella joven, fue ella quien abrió. Observó atentamente los diferentes artículos que le ofrecía el mercader, eligió unas cintas bordadas de oro y preguntó cuánto costaban.

—Vengo de un país en el que todo se paga con garbanzos —explicó el mercader.

—¡Con garbanzos! —respondió sorprendida la joven—. ¡Pero no tengo ninguno, y quiero estas cintas!

—Con uno solo bastaría, incluso uno muy pequeño, viejo y seco.

—Recuerdo haber visto uno en el fondo de un cajón donde mi marido conserva pequeños objetos

inútiles. Si con eso basta, te lo daré.

Y se fue a buscar el garbanzo, que entregó al mercader. Éste se lo agradeció, y se alejó rápidamente. «Al fin he encontrado mi bien máspreciado», se dijo satisfecho, y disimuló el garbanzo bajo su lengua. Luego formuló un deseo:

—Quisiera volver a mi país junto con mi casa y la mujer que allí vive.

Lo que pedía se cumplió inmediatamente. Cambió sus ropas de mercader ambulante por otras magníficas y se dirigió a la mujer, que no comprendía nada de cuanto ocurría.

—Tu marido no es más que un ladrón —le ijo—. Debes saber que durante mucho tiempo fue mi esclavo y que se apropió de mi mansión gracias a un garbanzo mágico que me había robado y que tú, cándidamente, me has devuelto.

—Tú también eres un ladrón, puesto que me has raptado —replicó la mujer—. Amo a mi marido y hagas lo que hagas, le seré fiel.

Cuando el muchacho volvió, se encontró con la

desagradable sorpresa de no encontrar ni su mansión ni a su esposa. Unos vecinos le contaron que un mercader ambulante, que quería que le pagaran con garbanzos, había estado hablando con su mujer poco antes de que desapareciera la mansión. El infeliz comprendió lo que había pasado y se sintió invadido por un profundo desánimo. Creía haberlo perdido todo. Pero en el jardín donde ya no quedaba ninguna huella de la casa, se encontraban aún su perro, su gato y una paloma mensajera. Se puso a acariciarlos con la vista perdida en el mar y unas lágrimas brillaron en sus mejillas. El perro, el gato y la paloma se sintieron conmovidos por la tristeza de su amo.

—¿Quizá podamos hacer algo para ayudarte a encontrar a tu esposa? —propuso el pájaro.

El muchacho sonrió.

—Creo que se encuentra del otro lado del mar —dijo, antes de hablar del garbanzo mágico que debía recuperar si quería aprovechar sus poderes y sobre todo privar de ellos al raptor de su bien amada.

La paloma fue la encargada de buscar informaciones. Voló a través de los mares. Llegó a la otra orilla y tardó varios días en encontrar la mansión. Esperó hasta que la muchacha se encontrara sola en una de las terrazas para posarse y hablarle.

—Vengo de parte de tu esposo —dijo el pájaro—. Está muy preocupado por ti y quiere que regreses con él. Para lograrlo, necesita saber dónde está escondido el garbanzo mágico.

—El hombre que me raptó lo conserva debajo de la lengua.

Al volver, la paloma contó lo que había visto.

—Si pudiera ir allí —dijo el gato—, podría recuperar rápidamente el garbanzo.

—¿Y qué te lo impide? —preguntó el perro.

—No tengo alas como la paloma y le temo demasiado al agua para ir nadando.

—Pues te subirás en mi lomo y seré yo el que nade —propuso el perro.

Y así lo hicieron. Una vez que hubieron atravesado el mar, el gato entró por una ventana en la mansión donde estaba la muchacha prisionera. Vio que,

durante su ausencia, los ratones se habían multiplicado muy deprisa. Esperó que llegara la noche, escondido bajo un sofá, y cuando todo el mundo se fue a dormir, se puso a cazar. Mató un gran número de ratones, y los abandonó allí mismo sin devorar ni uno solo. Su comportamiento intrigó a los roedores. Uno de ellos, más valiente que los demás, se atrevió a acercarse a él.

—Parece que no estás cazando para comer, sino simplemente para sembrar el terror —le dijo.

—Estoy decidido a mataros a todos si no me dais el garbanzo que el amo de esta casa esconde bajo su lengua —les dijo amenazante.

—¿Es todo cuanto quieres? —inquirió el ratón.

—Sí.

—¿Prometes dejarnos vivir en paz si te traemos lo que pides?

El gato respondió afirmativamente. El ratón se reunió con sus congéneres y les dijo lo que sabía. El más listo de entre todos fue designado para llevar a cabo la misión. Fue hasta la cocina y metió la cola en un gran bote de pimienta gris. Luego caminó por un largo pasillo que llevaba a los aposentos

del propietario del garbanzo. Se desplazaba con mucho cuidado para no perder demasiada pimienta por el camino. Entró sin hacer ruido en la habitación, trepó a la cama, se acercó al rostro del hombre y le pasó la cola por la nariz. El hombre estornudó varias veces antes de expulsar el garbanzo, que salió rodando por el suelo de mármol.

De un salto, el ratón lo recogió y fue a llevárselo al gato. Sin perder tiempo en agradecimientos, el felino corrió a juntarse con el perro, que lo estaba esperando a orillas del mar.

—¿Has logrado recuperar el garbanzo mágico? —le preguntó.

—¡Por supuesto! —exclamó el gato dándoselo.

El perro se lo puso en la boca mientras el gato se le subía al lomo. Cruzaron nuevamente los mares en la dirección opuesta. Estaban ya a punto de llegar cuando el perro, viendo su propio reflejo en el agua, creyó que otros perros iban a atacarlos. Abrió la boca para defenderse y el garbanzo cayó al agua. Un pez lo vio y se apresuró a tragárselo. De un salto el gato clavó sus uñas en el cuerpo del pez y

lo mantuvo prisionero entre sus patas delanteras. Sin ellas, le era imposible nadar y comenzó a hundirse. El perro se dio cuenta de ello. Se sumergió, cogió a su compadre por la piel del pescuezo y lo sacó a la superficie. Luego se puso a nadar, manteniéndolo fuera del agua, y logró dejarlo sobre una playa de arena. Esperaron hasta estar secos y le llevaron el pez a su amo, que los estaba esperando en compañía de la paloma.

—¿Lo habéis logrado? —preguntó el muchacho.

—¡Sí!

—Pero ¿dónde está el garbanzo mágico?

—Se lo ha tragado este pez —le explicaron.

El muchacho le abrió el vientre y recuperó el garbanzo. Lo limpió frotándolo con su túnica, y pidió un deseo.

—Haz que vuelva mi esposa bien amada y constrúyenos una mansión más bella aún que la de mi antiguo amo.

Obtuvo inmediatamente lo que quería. Escondió con mucho cuidado el garbanzo mágico en un lugar que sólo él conocía y vivieron felices el resto de sus vidas.

Glosario



Aduar: conjunto de tiendas de campaña dispuestas en círculo por los árabes nómadas.

Aid el Kebir: fiesta durante la cual los musulmanes degüellan un cordero para recordar el sacrificio de Abraham.

Alá: Dios para los musulmanes.

Albornoz: vestimenta de hombre, de lana, con capucha, que usan los árabes.

Alikoum salam: «En ti la paz». Saludo empleado a cualquier hora del día o de la noche para responder a «As salam ou alikoum».

As salam ou alikoum: «La paz en ti». Saludo empleado a cualquier hora.

Atlas: cadena montañosa del norte de África.

Bab Jedid: puerta nueva.

Cadí: magistrado musulmán que cumple funciones civiles, judiciales y religiosas.

Caftán: vestimenta oriental, amplia y larga, a menudo con ricos ornamentos.

Corán: libro sagrado de los musulmanes, palabra de Alá transmitida por Mahoma a través del

arcángel Gabriel. Se compone de 114 capítulos. Es el fundamento de la religión musulmana.

Cuscús: comida típica magrebí, hecha con sémola en grano y salsa, servida con carne o verduras.

Dote: suma de dinero que el hombre paga al casarse a los padres de la novia en los países musulmanes.

Eunuco: hombre castrado que custodiaba el harén (aposento de las mujeres en los países musulmanes).

Felá: campesino.

Gacela (cuerno de): pastel oriental en forma de cuerno.

Islam: religión y civilización musulmanas. El islam fue fundado en el siglo VII en Arabia por Mahoma.

Kesra: pan redondo y chato.

Magreb (el Poniente): África del Norte (Marruecos, Argelia y Túnez).

Mahoma (o Mohamed): el islam dice que es el último profeta. Recibió la palabra de Alá escrita en el Corán gracias al arcángel Gabriel.

Meca (La): ciudad santa de Arabia Saudí a la que van cada año millones de peregrinos musulmanes.

Medina: en el Magreb, el casco viejo de una ciudad, en oposición a los barrios más recientes, de origen europeo.

Musulmán: quien profesa la religión de Mahoma. Adepto al islam.

Pastilla: plato marroquí a base de palomo, dulce y con aromas de canela.

Repudiar: echar a una mujer, rompiendo el contrato matrimonial. En los países musulmanes, el hombre puede echar a su mujer por propia decisión.

Sultán: rey.

Tubkal: montaña de 4.165 metros, la más alta del Atlas, en Marruecos.

Ued: río.

Versículo: cada una de las divisiones numeradas de un capítulo del Corán, de la Biblia o de un libro sagrado.

Yuyús: gritos de alegría lanzados por las mujeres árabes.

Zoco: plaza del mercado.



Jean Muzi

Jean Muzi nació en Casablanca. Tras pasar su infancia en Marruecos, estudió Literatura, Cine y Artes Plásticas en París. Le encanta viajar y conoce muy bien el mundo árabe. Tiene dos hijos.

Durante mucho tiempo concibió y dirigió películas comerciales o pedagógicas. Hoy en día se orienta hacia el cine documental. Hombre de imágenes, también es amante de las palabras. Sus actividades oscilan entre la escritura y el cine. Ha trabajado mucho sobre el cuento tradicional y sigue haciéndolo, escribiendo al mismo tiempo textos más personales. Es un apasionado de la fotografía, el collage y el fotomontaje.

Se encuentra con sus lectores en las bibliotecas, las escuelas o los institutos. Le encanta intercambiar opiniones con éstos y leerles los textos que acaba de escribir. El placer de leer se mezcla con la necesidad de comprobar las reacciones del público. Anima también talleres de escritura. Varios de sus libros han sido traducidos al español, al portugués y al italiano.

Omar Emilio Sposito (traductor)

Nació en Buenos Aires (Argentina). Reside desde hace muchos años en Francia, donde ejerce la docencia universitaria como profesor agregado de Letras y Civilización Hispánica. También es poeta.

Índice



1. La campesina, el erizo y el gallo.....	11	16. La justicia	75
2. El asno, el campesino y su hijo.....	15	17. El felá, su familia y la vampiresa	79
3. Los dos ladrones y la mantequilla	19	18. Un hombre sin cerebro	87
4. El león y el dromedario	23	19. Cuatro, cinco o seis	91
5. El felá testarudo.....	27	20. Las pruebas.....	95
6. El gorrión	31	21. El garbanzo mágico.....	103
7. La esposa del sultán.....	35		
8. El mal aliento	41		
9. Un día de suerte.....	45		
10. El cadí y las perdices.....	49		
11. Los dos hermanos y el cordero	53		
12. El chacal y el perdigón.....	57		
13. ¡Ay!.....	63		
14. La ogresa	67		
15. Mektoub	71		

Estos cuentos del Magreb no conocen fronteras: han viajado mucho y a veces resulta difícil saber si son marroquíes, tunecinos o argelinos.

En ellos se relacionan y se enfrentan hombres, animales y seres fabulosos. Los débiles y oprimidos ganan a los poderosos gracias a la astucia o la inteligencia. Estos cuentos se burlan de la estupidez y elogian la generosidad.

Cuentos para descubrir el alma del Magreb

Ilustraciones de
Frédéric Sochard